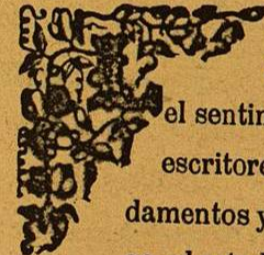


ser las flores pintadas y las frutas maduras por la luz, y por el calor de la luz emanada de los cielos. Steffens proclamaba el bárbaro principio social de las castas, semejante al principio de las teogonías orientales; unos hombres llamados perpetuamente al trabajo sin goce, y otros destinados al goce sin trabajo. Adam Müller enseñaba que el fatalismo de las leyes crónicas había destinado desde la eternidad al hombre á ser como un ganado, y al Rey á ser como el pastor y el conductor de este ganado. Teorías inconcebibles en este siglo que ha visto desplomarse tantas tiranías y llegar la libertad, el derecho, por esfuerzos sobrehumanos de tantos genios sublimes, redentores, hasta en el terruño del campesino, hasta en la ergástula del negro. Schellin había nacido para comunicarse con la naturaleza. En su vida serena, en su uniformidad constante encontraba paz que difícilmente se encuentra en las sublimes y vertiginosas alturas del espíritu. Pero en cuanto estudiaba la sociedad y el alma, su imaginación exaltada tendía sobre una y otra, falsos, falsísimos espejismos. Hasta en el mismo seno de la naturaleza, parecía volver á la magia, á la alquimia, á la theurgia. Pero la verdad es que su pensamiento escuchaba atentamente las armonías de la naturaleza, y encontraba en ellas un poema universal. Imposible á los dolores humanos, indiferente á los problemas sociales, aguardando toda mejora y perfeccionamiento de fatal progreso, anegóse en la vida universal. Así llegó á edad bien provecta, y murió en paz entre los brazos de su alma madre, la naturaleza. Sobre sus mortales despojos, los dos cultos en que el Cristianismo se ha dividido, mezclaron, confundieron sus oraciones. En los valles de Suiza, á las orillas del Rin recién nacido, en medio de aquellos pinares oscuros, sobre las verdes praderas, junto á las pintorescas aldeas, descansa en paz el cuerpo del filósofo en monumento erigido por la piedad de uno de sus regios discípulos é iluminado por las reverberaciones del día en las nieves eternas de los Alpes, como si la naturaleza hubiera querido encantar con todas aquellas maravillas el sueño eterno de su inspirado intérprete, de su divino sacerdote.



CAPÍTULO DÉCIMO-TERCERO

Diferencias de las revoluciones y las reacciones religiosas entre germanos y latinos


 A raza germánica desempeña especialísimo ministerio en la sociedad moderna, como raza que ha creado en su alma y que ha traído á la vida el sentimiento de la individualidad, borrada en los antiguos Estados. Muchos escritores piensan y dicen que esta división en razas peca de falsa en sus fundamentos y de atentatorias en sus consecuencias á la unidad humana. Sin embargo, el estudio concienzudo de la Historia prueba que, ya por la conquista, ya por el influjo político, ya por las relaciones entre los pueblos y el espacio que ocupan, relaciones tan estrechas como las del alma y del cuerpo en cada hombre; las tribus, las naciones se acercan, se funden y forman una raza natural, á la manera que las familias se acercan y se funden para formar un pueblo, para componer una verdadera nacionalidad. Y así como en nada contradice á la unidad de la naturaleza el que haya planetas y satélites, mundos y soles, cometas y aerolitos, en nada contradice á la unidad del género humano el que haya individuos, familias, tribus y razas. El medio natural, en que las razas se mueven, afecta de suyo al color de la piel y á la magnitud de los ojos y á los grados del ángulo facial; y á la sociedad en que se crían afecta á su razón y á su conciencia y su vida intelectual y moral. Nada existe, tan estrechamente unido al espíritu, como la palabra. Muchos filósofos han confundido la idea con la expresión de la idea y han proclamado la imposibilidad de pensar hasta secreta é íntimamente sin auxilio del lenguaje. La teología cristiana llama la segunda persona de la Trinidad, el Dios hombre, palabra, Verbo. Y la revelación de las ideas

que es para nuestras almas como el calor para nuestra vida, fué la revelación eterna de una palabra inmanente; pues, la palabra humana resulta más intelectual, la más espiritual de todas nuestras funciones naturales. Y la palabra se diversifica, no sólo según las naciones, sino también según las razas. ¡Que parentesco entre el portugués, el italiano, el español y el francés! Puede asegurarse que todos los latinos nacióramos sabiendo estas cuatro lenguas. Con alguna lectura, con alguna práctica llegamos por completo á poseerlas, porque los cuatro idiomas se derivan inmediatamente de aquella lengua madre, que ha dado su nombre á nuestra raza, de la lengua latina. Y en la más apartada antigüedad se hallan de tamaña ley seguros testimonios. Mientras el habla de los pueblos artistas; de los pueblos indo europeos, tiene períodos rotundos, sistasis complicada, verbo riquísimo en tiempos, en modos, que le sirven para someter pensamientos secundarios al pensamiento capital, frases subordinadas á la frase predominante y soberana: el habla de los pueblos semitas, de los pueblos religiosos, nacidos para difundir el monotheismo, criados en la soledad del desierto, artífices de esa música que parece un sollozo del alma y de esa arquitectura que guarda para el interior todas sus maravillas; el habla de estos pueblos es trilateral en sus raíces, simple en su sintaxis, onomatopéyica en sus palabras, cortada en versículos, que se unen por el medio primitivo de la conjunción y que se diferencian de la riquísima variedad del griego y del latín, de las dos lenguas propias á contener y á expresar la varia riqueza del humano pensamiento.

Las lenguas indo-europeas tienen estos caracteres, porque son las lenguas de aquellos pueblos que han pasado por todas las ideas políticas y por todas las formas sociales; que han producido dioses á su imagen y semejanza; que han puesto la dirección de sus Estados en los legisladores, en los tribunos, en los héroes; que han escrito los análisis de Aristóteles y la síntesis de Platón; que han consumido innumerables ideas filosóficas en el movimiento perpetuo y en la renovación periódica de su espíritu; al paso que las lenguas simétricas son las lenguas de los pueblos religiosos: de los pueblos que han fundado la idea de la unidad de Dios en Jerusalén y en la Meca; que han resuelto casi todas sus formas de gobierno en pura teocracia; que se han dirigido por la voz de sus profetas; que han escrito el Korán y la Biblia; que al coro griego han opuesto la canción melancólica, y al drama la poesía subjetiva, y la poesía lírica al pensamiento libre, y el comentario perpetuo de sus revelaciones á los dioses, y al Dios-hombre, su Creador, reclinado, como en sacro tabernáculo, en la inmensidad de sus cielos. Pues bien, si dos razas fundamentales han llenado la historia antigua, el mundo antiguo, dos razas fundamentales llenan el mundo moderno, la historia moderna, á saber, la raza latina y la raza germánica. Esta ha traído siempre la idea de la individualidad, y ha opuesto la individualidad inmortal sorprendida en el seno mismo de la naturaleza á las fuerzas sociales, pero absorbentes, á las instituciones civilizadoras en ciertos períodos históricos, pero autoritarias, de las razas he-

leno-latinas, más artísticas, más humanas si se quiere que las razas germánicas, pero menos dadas á conservar su libertad interior en la sociedad y á oír en la vida el llamamiento de la propia conciencia. Es ley verdadera, irrevocable, que la raza germánica venga á destruir las grandes unidades alzadas por las razas heleno-latinas, esas grandes unidades, bajo cuyo peso la personalidad humana desaparece y con la personalidad humana la ley de la libertad en la vida. Los preclaros escritores de la antigüedad, anunciaron con la adivinación de su genio el destino confiado á la raza germánica en el fin de aquellas sociedades. Cuando Lucano describe en versos impercederos la ruina de la libertad en Farsalia, no la ve morir, extinguirse, no; la ve pasar el Rhin y refugiarse en las tribus inocentes, primitivas de la ignorada Germania. Y Tácito, la conciencia, el remordimiento de la sociedad antigua; Tácito, que ha enrojecido su estilo en el fuego del amor á la libertad para hundirlo como un puñal y revolverlo eternamente dentro del corazón de los tiranos; Tácito, contrapone á la obra de César, al imperio despótico, la federación de las tribus; á la elocuencia muda, la Asamblea en los campos; al magistrado impuesto por los siervos pretorianos, el magistrado elegido por los hombres libres; á la corte corrompida de los Emperadores, la familia amante, la mujer respetadísima, la pureza de las costumbres adquiridas en las inspiraciones de la conciencia y en los ejercicios de la libertad.

César, en cuya frente parecía haberse condensado todo el genio romano, temblaba delante de ese inmenso misterio que se llama el mundo germánico y quería encerrarlo dentro de su imperio. Y allá, por las selvas, por las estepas, en el sueño de la vida primitiva, en la confusión ciega con la naturaleza, los germanos sentían correr como viento abrasador la cólera contra Roma. «Yo no voy por mi propio pie á Roma, exclamaba Alarico en sus correrías á la Ciudad Eterna; yo siento que algo superior á mi voluntad me empuja, me arredra, sin consentirme descanso, y me fuerza imperiosamente á saquear á Roma». Genserico despliega las velas de su nave al viento. No sabía donde iba. El piloto le pregunta: «Señor, ¿á qué pueblo vamos?—A aquellos pueblos contra los cuales se ha levantado la cólera de Dios». Y fueron á Roma. ¿Qué odiaban principalmente los bárbaros en Roma? Odiaban el principio enemigo de su principio, el ideal contrario á su ideal: odiaban el poder omnímodo, la autoridad absorbente, el cesarismo que negaba la raíz verdadera de la vida, nuestra personalidad. Y desde entonces, siempre que el mundo latino ha llegado por impulso de su carácter, por obra de sus tradiciones, á uno de esos estados políticos ó sociales, que reproducía el imperio romano, siempre ha venido á restablecer la raza germánica el principio de individualidad. Así como las hordas de Alarico, de Genserico, nacidas en las selvas, educadas por el estruendo de los combates, sin más hogar que su carro de guerra, sin más patrimonio que sus armas, corren á devastar á Roma por ser el centro de la unidad imperial y cesarista, los descendientes de estas hordas, cumplen, tanto en la Edad Media como en el Renacimiento, y en el Renacimiento como en la Edad Mo-

derna, el mismo ministerio que cumplieron al término de la antigua historia. Y en efecto, si el pueblo franco, apostatando de los principios germánicos, restablece el imperio en Carlo-Magno, las demás tribus, las demás familias europeas del mismo origen azotadas por la espalda de los normandos, fundan el individualismo moderno en el caos feudal; si los Pontífices predominan y apoderándose de la conciencia, organizan por su teocracia gobierno fuerte y autoridad universal desde Roma, el imperio germánico y su representante más ilustre, la casa de Suabia, contrasta esta unidad religiosa con la oposición política, civil, é impide la copia tristísima de Occidente del Imperio bizantino, fundado sobre la armonía entre el Patriarca y el César; si en el siglo décimo-sexto el Emperador Carlos V de un lado, con sus inmensos dominios, y los Papas artistas de otro, con su inmenso prestigio, salvado el cisma, disueltos los concilios que amenazaban á la autoridad de la Iglesia, sometida Gante, descabezadas las comunidades de Villalar y las germanías en Valencia, que amenazaban al poder del Imperio; si dos poderes de tanta fuerza sobre la tierra, como el poder de Carlos V que había encontrado en los mares el Nuevo Mundo, y el poder de León X que había encontrado en las ruinas el mundo antiguo, amenazan con estrecha alianza, que restaure el cesarismo, ahí está para impedirlo, para quitar al Pontificado su prestigio, al Imperio su paz, el oscuro fraile Lutero, quien recoge todas las iras de su raza, y, repitiendo desde la imprecación del campesino ébrio, hasta la plegaria del ángel en éxtasis, asalta la Roma de los espíritus con la misma ira que Alarico y Genserico habían asaltado mil años antes la Roma de los Césares; si la grandeza y la fuerza de Felipe II ahoga el protestantismo, un germano de raza, holandés de cuna, Orange de nombre, derriba al coloso que cubría con su sombra toda Europa; si la política de Luis XIV en el siglo siguiente engendra otra gigante reacción católica, así en las conciencias como en los Estados, otro germano de raza holandés de cuna, Frange de nombre, alza el protestantismo, la religión individualista, al trono de Inglaterra; si los Reyes á mediados del siglo décimo-octavo han establecido su autoridad absoluta, despojando hasta la Iglesia misma de sus atribuciones, la raza germánica ó su familia sajona, viene á turbar tanto poder con la proclamación de la República y el advenimiento de la democracia en América; si triunfantes los principios revolucionarios en 1793 y de nuevo triunfantes en 1848, cesarista-reacción, engendada primero por el César de nuestro tiempo y después por su descendiente, el nuevo Augusto, funda la autoridad imperial, los germanos Wellington y Blüchen en Waterlío, Molke y Bismark en Sedán, destruyen esos imperios, y alzan nuevamente la idea de la individualidad humana que es como el hueso y la médula de todas nuestras libertades.

Los alemanes han obrado sus revoluciones más en la conciencia que en el espacio. Sus sublevaciones más formidables han sido sublevaciones del espíritu. Ciertamente, no han levantado ellos, como nosotros, la guillotina para sus Reyes; no han puesto, como nosotros,

la piqueta demoleadora en las bases de sus templos; no han colgado en el corriente siglo de la linterna á sus señores feudales, como los franceses colgaron á sus nobles y los españoles á sus frailes; aun estamos esperando aquella formidable revolución, anunciada por Heine y á cuyo lado la revolución francesa debía convertirse toda ella en idilio; los alemanes no aspiran de ningún modo con derecho al título de revolucionarios. Pero, allá, en la esfera intelectual; allá en el cielo de la idea, en la filosofía en las artes, ¡cuántas revoluciones profundas, cuántos destronamientos audaces han perpetrado! Los dioses y los Reyes, las castas sacerdotales y las castas aristocráticas, el dogma fundamental de las religiones de la Edad Media y el dogma fundamental de las Monarquías tradicionales, todo ha sido descompuesto, devorado, consumido en ardiente crisol de su crítica. ¿Será cierto que los pueblos no pueden tener universalidad de aptitudes? ¿Será cierto que aquellos más duchos en las abstracciones y en la ciencia flaquean cuando bajan á la realidad y á la política? Tentados estaríamos á creerlo, estudiando el movimiento científico y el movimiento político de Alemania. Su audacia no tiene límites cuando de atacar los poderes morales y las ideas abstractas se trata. Los filósofos llegan al trono estrellado de su Dios histórico y tradicional con la espuma de rabia demagógica en los labios y la segur del verdugo regicida en los puños. A los golpes de su implacable lógica, las supersticiones caen con estrépito más fragoroso que el estrépito de la revolución. Hernán-Cortés, con todo su genio aventurero, con todo su valor épico y con toda su fe hispánica, jamás desacató los ídolos de los conquistados mejicanos, como el humilde y tímido filósofo de Alemania desacata desde las fórmulas científicas al Dios de sus conciudadanos. Todos nuestros motines en la plaza pública, todas nuestras insurrecciones de cuartel, todos nuestros movimientos revolucionarios, que despiden tan tormentosa electricidad jamás contuvieron la esencia ni las cantidades de revolución que contiene uno de esos discursos, al parecer oscuros idealistas ajenos á la realidad que pronuncia el doctor alemán sentado sobre su alta cátedra, como sobre vaga y apartadísima nube. A ellos, á los maestros, á los filósofos alemanes debemos esa teoría del derecho, ante la cual aparecen las ideas de Rousseau como conservadoras y reaccionarias; ellos, á los maestros, á los filósofos alemanes debemos esa teoría del progreso, á cuyos impulsos todas las instituciones, aun las más creídas de su origen celeste y más destinadas por los poderes públicos á la eternidad, han caído en el movimiento dialéctico de las ideas humanas y han aceptado la ley de la transformación universal, que condena todas las resistencias contra la libertad á segura derrota y todas las reacciones á inevitable muerte. El Universo y Dios, el alma y el cuerpo, la naturaleza y el espíritu, han sido llamadas al tribunal de su filosofía; los Reyes y los Papas, las castas sacerdotales y las castas guerreras al tribunal de su historia. Jamás ningún tribuno dirigió imprecaciones al orgullo de los tiranos, á la manera que ellos á la autoridad de la monarquía y de la Iglesia; jamás ningún revolucionario limpió la sociedad de monstruos con la fuerza que ellos